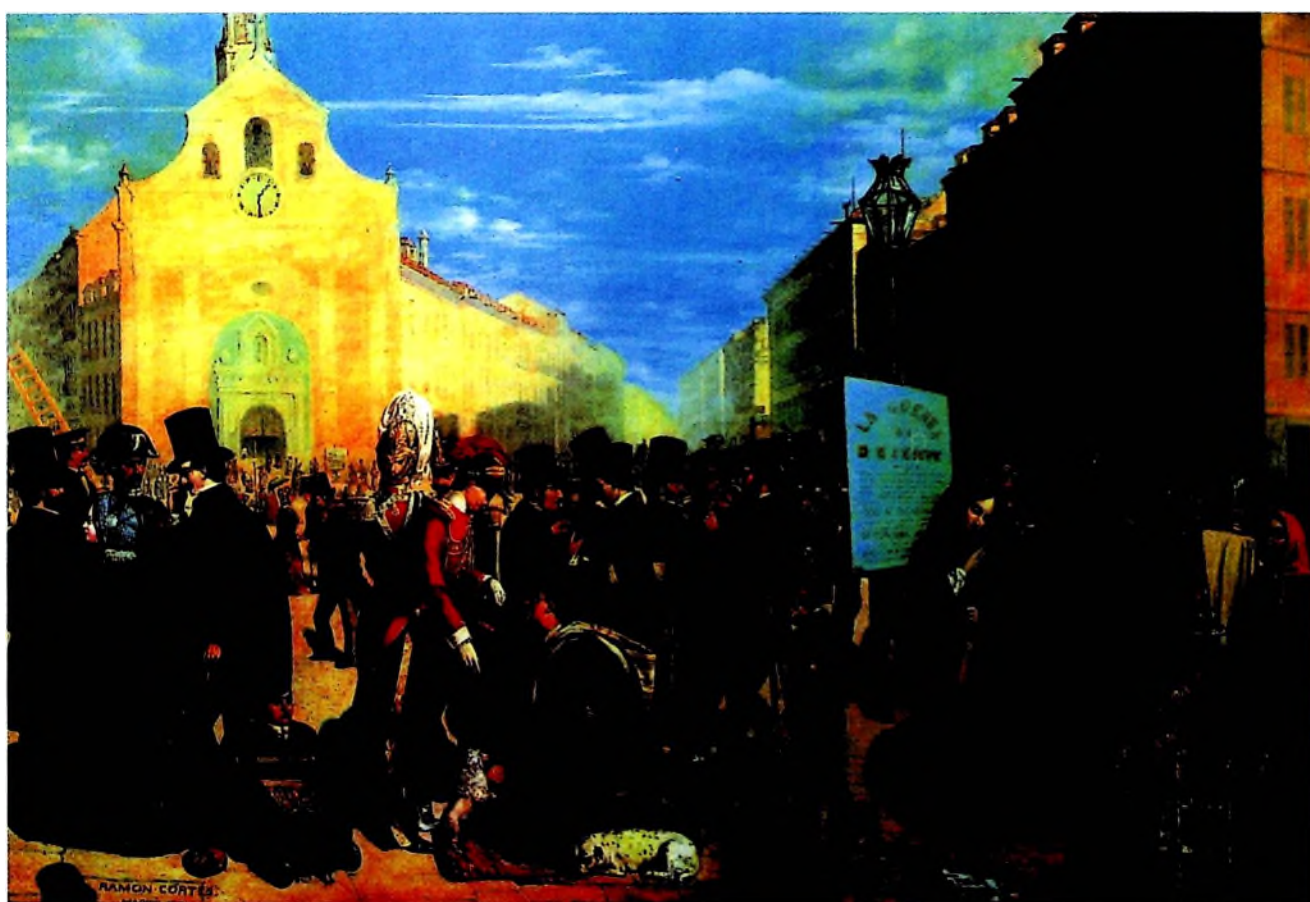


ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XXXVII



C. S. I. C.
1997
MADRID

**ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS**

TOMO XXXVII



**CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
MADRID, 1997**

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños ..	13
Arte	
Sobre el túmulo y honras fúnebres de Carlos V, por M ^a Luz Rokiski Lázaró	19
Pedro, José, Francisco y Jusepe de la Torre, arquitectos de retablos, por Mercedes Agulló y Cobo	25
Reedificación de la iglesia del hospital de San Antonio Abad, en Madrid por Pedro de Ribera, por Matilde Verdú Ruíz	71
El grabador madrileño Gregorio Fosman y Medina, por Ángel Aterido Fernández	87
Arquitectura y escultura en el cementerio de la Sacramental de Santa María, por Carlos Saguar Quer	101
Los museos de Madrid y sus jardines, por Carmen Ariza Muñoz	119
Arquitecturas de Ramón Molezún en Madrid 1951-1975, por Aida Anguiano de Miguel	141
Historia	
Ruy Sánchez Zapata, la Parroquia de San Miguel y la Capilla de Nuestra Señora de la Estrella, por Manuel Montero Vallejo	157
La ermita madrileña (s. xv-xix): Una institución singular, por	

	<u>Págs.</u>
María del Carmen Cayetano Martín	179
La evolución del mercario agrario madrileño en torno al establecimiento de la Corte. Una aproximación cuantitativa a partir del Archivo Histórico de Protocolos de Madrid (1550-1551), por Ignacio López Martín	193
La Capilla de música del Monasterio de las Descalzas Reales de Madrid, por Paulino Capdepón Verdú	215
Venta de una casa de Juan de Herrera en la madrileña Plaza del Arrabal, por Luis Cervera Vera	227
El alumbrado de Madrid bajo el reinado de Felipe V, por Stephane Marcarie	235
Notas bibliográficas sobre el Parque de la Casa de Campo, por Ignacio Pérez-Soba Díez del Corral	245
La Real Fábrica de Cera de Madrid, por Ana Isabel Suárez Perales	261
Complementando la historia de la Quinta del Berro, por José Andrés Rueda Vicente	271
La vivienda aristocrática escenario de la fiesta. Cena baile en el Palacio de Benavente en honor a Carlos IV, el 19 de enero de 1789, por África Martínez Medina.....	283
El vestido de ceremonia en época romántica, una aproximación a la moda femenina a través de Federico de Madrazo, por Mercedes Pasalodos Salgado.....	291
¿Dónde se encontraba la policía el día del asesinato de D. Juan Prim?, por José Andrés Rueda Vicente	307
Manuel Matheu Rodríguez, un curioso personaje de la vida madrileña, increíblemente olvidado, por Alberto Rull Sabater	309
Literatura	
Pliegos de cordel sobre Madrid, por José Fradejas Lebrero	321
Ramón de la Cruz, pintor del paisaje urbano de Madrid, por	

	<u>Págs.</u>
Emilio Palacios Fernández.....	359
El agua de cebada. Noticia del inicio de su consumo en Madrid a través de un curioso impreso del s. XVIII, por Alberto Sánchez Álvarez-Insúa.....	381
Azorín y Madrid, por José Montero Padilla.....	393
En torno al madrileñismo, por Luis López Jiménez	401
El cuadro de Esquivel de los románticos, por José Valverde Madrid	407

Urbanismo

La guadianesca historia del primer plano madrileño hecho en 1622, cuando San Isidro sube a los altares, por José M ^a Sanz García	435
Santiago Bonavía y el trazado de la ciudad de Aranjuez, por Virginia Tovar Martín	469
Los condes de Barajas y sus intervenciones urbano-arquitectó- nicas en Madrid en el siglo XVII, por Cristóbal Marín Tovar	505
El nacimiento del Barrio de Guzmán el Bueno, antes Barrio de Marconel y el 1880, por José del Corral	521
Plano topográfico parcelario del Ayuntamiento de Madrid, por Alfonso Mora Palazón	535

Toponimia

Notas para la toponimia del municipio de Madrid, por Fernan- do Jiménez de Gregorio	551
El uso de los apelativos en la toponimia madrileña, por Luis Miguel Aparisi Laporta	565

Sanidad

La fundación de asociaciones sanitarias en el Madrid de fina-	
---	--

	<u>Págs.</u>
les del siglo XIX, por Poder Arroyo Medina	579
El Laboratorio Municipal de Madrid y la epidemia de gripe de 1918-19, por M ^a Isabel Porras Gallo	585
Provincia	
Historia y vicisitudes de la Virgen de S. Pio V sustraída del Monasterio del Escorial durante nuestra guerra civil, por Gregorio de Andrés	595
Geografía y economía durante el antiguo régimen: Tierras de Madrid en el lugar de Getafe, por Pilar Corella Suárez ..	605
Documentos	
Noticias madrileñas que cumplen centenario o logran su cin- cuentenario en el año 1998, por J. del C.	629

HISTORIA

RUY SÁNCHEZ ZAPATA, LA PARROQUIA DE SAN MIGUEL Y LA CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DE LA ESTRELLA

Por M. MONTERO VALLEJO

1. La puerta de Guadalfajara o Guadalaxara y su entorno.

Fué este portal que conducía a la vecina ciudad alcarreña el más importante e ilustre del Madrid medieval, y desde luego el más destacado de los cinco principales que se abrían en el recinto cristiano del siglo XII. Citado ya en el Fuero, con motivo de una prohibición, es la única puerta aludida por su nombre en tal ocasión —«porta de guadalfaiara», que es su título más antiguo—, en tanto que las demás son mencionadas como «las otras portas»¹. A lo largo de los siglos, es el acceso más nombrado en la documentación medieval, y de su trascendencia para la villa dan fe que su guarda siempre se encomendó a personajes de relieve y que, cuando sobrevenía situación de claro peligro, los restantes portales se cerraban y éste quedaba como único y vigilado punto de entrada y salida de la población. Precisamente en ocasión en que aparece un importante vecino del que vamos a tratar, en 1450, este hecho se muestra bien claro².

Con lo dicho es bastante, y no tiene sentido extendernos más sobre su historia. Suficientemente sabido es por los madrileñistas de oficio o de vocación que, con diversas alteraciones, la puerta existió, más como monumento o como reliquia gloriosa del pasado madrileño, hasta 1582, año en que se demolió tras incendio provocado por los entusiasmos festivos con que se celebraba la incorporación del reino de Portugal. Verdaderamente, ya entonces tal puerta en tal lugar resultaba un anacronismo que estorbaba el intenso trasiego de gentes, caballerías y carruajes.

Y, sin embargo, tan enraizada se encontraba en la historia matritense, que se proyectó reconstruirla. Tales deseos no se llevaron a término, pero aún así el nombre quedó como propio del paraje, e incluso sirvió para designar un tramo de la calle Mayor, el tercero de los que se componía en su trayecto desde las inmediaciones del templo mayor de Santa María hasta la Puerta del Sol³. Ésta, de corta existencia, y la de Alca-

¹ Domingo Palacio, T., *Documentos del Archivo General de Villa de Madrid (TDP)*, I, 1889, 47.

² TDP, III, 1907, 89-91.

³ Quintana, J. de, *A la muy Antigua, Noble y Coronada Villa de Madrid...*, 1629; Mesonero Romanos, R. de, *El antiguo Madrid. Paseos histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta Villa*, 1861, 68 ss; Peñasco, H., Cambroner, C., *Las calles de Madrid*, 1889, 321 ss.

lá fueron herederas suyas en el tiempo y la función, hitos sucesivos que marcaron la imparable progresión de la villa hacia levante.

La vía que aflucía a tan relevante acceso y a la que otorgó su primer nombre, la que unía el Arco de Santa María con el que nos ocupa, pasó de ser, en época musulmana, camino que buscaba la ruta del Henares a calle importantísima, auténtico eje vital del Madrid cristiano, aunque con su título personalizado no aparece hasta 1380: «call q(ue) dice(n) la puerta de guadal-fajara»⁴. Sería anteriormente una de las «calles reales» que surgen en la documentación, aunque indudablemente y desde un principio la de mayor relieve entre todas ellas, justos antecedentes para la que centurias después sería reconocida como calle Mayor⁵.

Para que así fuera trabajaron inexorablemente poderosos factores: constituir, como se ha dicho, la salida más importante de la villa; reunirse el Concejo, en sus sucesivas formas, en la contigua plaza de San Salvador; ser ésta el lugar más importante de mercado durante estos siglos. Pero, además, el trajín comercial desbordaba el citado ámbito y se expandió muy pronto por el sector de vía que enlazaba la plaza con la Puerta de Guadalfaxara, alcanzando incluso esta última.

Era ésta del tipo tardío musulmán reproducido por los cristianos, con estructura acodada; ello favoreció la instalación de establecimientos comerciales —en ocasiones, minúsculos— no sólo en los alrededores o contiguos al portal, sino en el propio interior. Ya en 1277 las dueñas de Santo Domingo poseían una tienda «...a la puerta de Guadalfajara»⁶. A lo largo de los siglos XIV y XV son bastante numerosas las tiendas que surgen, no solamente en el tramo entre la plazuela de San Salvador y la puerta, sino dentro de esta última.

Frecuentemente, repetimos, eran estas tiendas reducidísimas; y no porque resulta fácil suponerlo, sino porque de algunas poseemos ciertas breves alusiones que lo abonan e, incluso, las medidas.

En proporción inversa se hallaban los precios; indudablemente, para la elevada cotización influían la categoría del lugar, el movimiento que registraba y la escasez de suelo. Como estudio más detallado publicaremos en breve, valga la muestra; que, si no es la que refleja el mayor precio pedido aquí por un suelo, sí es muy aleccionadora en cuanto a cantidad proporcional.

El 30 de octubre de 1479 Pero de Madrid se comprometió con el Concejo a dar por un solar «dentro en la bóveda de la puerta de Guadalfaxara» 500 maravedíes de censo perpetuo anual: la cantidad, adelantamos, es respetable para estos años, mas ni con mucho la más fuerte que registramos. Lo que la convierte en disparatada es el tamaño

⁴ Archivo Histórico Nacional (AHN), Clero, Santo Domingo, carp. 1362.9.

⁵ Sobre «calles reales», vid. Montero Vallejo, M., *Origen de las calles de Madrid...*, 1988, 69 ss., 93 ss., 115-7, *passim*. También, *nuestra Historia del Urbanismo en España*, I, 1996, 195 ss. Sobre la calle Mayor de Madrid en particular, preparamos en la actualidad un libro.

⁶ AHN, *ibíd.*, 1355.13.

de lo que se encensa: «...en lo alto, todo lo que quisieren». No debe pasmar tal generosidad: las bóvedas serían respetables y no había otra manera de sacarles partido.

Sin embargo, al hablar del terreno en sí, se especifica: «...en que aya en lo ancho dél, en lo baxo ¡syete pies!...»⁷. Es decir, medio millar de maravedíes por un hueco de dos metros mal contados. Ilustra mucho sobre las dimensiones de los tabucos que allí se emplazaban, y sobre la enorme demanda, pues debía ser uno de los pocos rincones que quedaban.

No hay que ser demasiado perspicaz para apreciar que el sector de calle inmediato a la puerta fué desde antiguo asiento de comerciantes, y lo atestiguan las numerosas referencias a vecinos hebreos. Mas ya en los primeros decenios del xv al elemento meramente mercantil habíase añadido un variopinto conjunto de «cortesanos», si bajo el término comprendemos a servidores del rey de muy variado pelaje —escuderos, ballesteros, criados— y a hijodalgos y nobles medianos, también al servicio del monarca, pero con responsabilidades de más altura. Entre los últimos, venidos de fuera, estarán quienes son protagonistas de este trabajo. Añadamos, para la época en que nos vamos a centrar, varios prohombres locales; aunque algunos de conocido linaje, por la zona y sus circunstancias no sabemos si adscribirlos al grupo de la baja-media nobleza o al de los «caballeros de alarde», mercaderes enriquecidos⁸.

Esto es así debido a que, precisamente por este tiempo —para algún ejemplo habría que remontarse al reinado de Juan I—, el de su nieto Juan II, se constituyen los troncos de buena parte de las familias relevantes madrileñas, muchos por fusión entre primitivos linajes y los citados caballeros que ahora se integran en el círculo de poder. Para acrecer la confusión, los naturales enlazarán con la casta de servidores reales, y muestra de todo ello hemos de ver en las páginas que siguen.

Protagonista mudo de este microcosmos, compartiendo importancia con la calle y puerta de Guadalfajara, fué la iglesia de San Miguel de los Octoes, collación de exigua pero vital jurisdicción, ya que abarcaba ambas aceras de la vía y el propio portal. No debió destacar especialmente por su fábrica, mas lo selecto de su feligresía concluyó por reflejarse en una capilla que fué, sin duda, integrante de la media docena que sobresalió entre las existentes en los templos del Madrid bajomedieval: la de la Virgen de la Estrella.

Nos refiere Quintana que los orígenes de la parroquia estuvieron en un «oratorio de algún recogimiento u obra pía, cuya advocación fué de San Marcos»; también que el templo poseyó un muy rico cabildo de igual nombre. Hay memoria de dicho cabildo, pero bastante nebulosa, y nada nos evita suponerlo posterior a la existencia de la collación de San Miguel⁹. Es nombrada en el Fuero como una de las diez primitivas,

⁷ Millares Carlo, A. Artiles J., *Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño (LACM)*, I, 1932, fl. 246 r, 37. Abundamos sobre el tema en el citado estudio sobre la calle Mayor.

⁸ Montero Vallejo, M., *El Madrid Medieval*, 1987, 146-7, entre otras.

⁹ Quintana, *ibíd.*, 172 ss.

aunque se da la curiosa circunstancia de que ningún clérigo ni persona relacionada con el culto parroquial aparece durante el siglo XIII, a diferencia de lo que sucede con las restantes parroquias matritenses, y podemos asegurar que la comprobación ha sido minuciosa.

Sin embargo, paradójicamente, es la collación citada individualmente en fecha más antigua: ya en 1241 surge una compraventa de casas en la Puerta de Guadalfajara, collación de San Miguel; que se encuentran junto al portal se demuestra por citarse como linderos la «cayll del Rey» –Mayor, con toda probabilidad– y el adarve¹⁰. Ya entonces se cita como «de los Octoes», para diferenciarla de San Miguel de Xagra, pues era ésta la sola advocación repetida en las parroquias de Madrid. Para justificar lo de «Octoes» u «Ochoes», nuestro Quintana se inventa un linaje de tal nombre –eran ocho hermanos varones– que no se halla por ninguna parte y que tiene ciertos visos de fantasmagórico. Una explicación al menos sugestiva aportó Gómez Iglesias, al indicar que puede venir de *ottores* –«garantes», «cojuradores»–, con lo que tendríamos la novedad de haber existido en la villa una iglesia juradera, extremo que nos gustaría pudiera probarse un día¹¹.

2. Panorama físico y humano en los primeros decenios del siglo XV.

Prontamente había tenido el Madrid cristiano arrabales, alguno de larguísima tradición y jurisdicción exenta, como el de San Martín. Sin embargo, se encontraban relativamente distantes del casco murado, y no poco contribuyó a ello el poco propicio relieve, en el que se destacaba la áspera y honda cicatriz de la cava como elemento disuasorio. Mas hacia la cuarta década del siglo XV las circunstancias de todo tipo habían evolucionado sensiblemente, y –aunque en pleno período de crisis– poseemos suficientes indicios de que la villa había reiniciado su expansión territorial, suspendida más de una centurias antes.

Las primeras señales, como suele suceder, apenas se intuyen, pero –dada la actividad en aumento que parece registrarse en el arrabal de San Ginés– es fácil pensar que sendas hileras de casas fueron formándose más allá de la Puerta de Guadalaxara, a las dos orillas del camino hacia esta ciudad: la inferior comenzaría a delimitar vagamente, a septentrión, la «laguna» del Arrabal¹².

Sin embargo, desde 1430 el proceso es un hecho, mas no estamos seguros, ni con mucho, de que es fruto de un aumento de habitantes, al menos en su origen: espacios

¹⁰ AHN, 1353. 11.

¹¹ Quintana, *ibíd.* Gómez Iglesias, A., prólogo a LACM, II, 1970.

¹² Urgorri Casado, F., «El ensanche de Madrid en tiempos de Enrique IV y Juan II. La urbanización de las cavas», *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, (RBAM), XXIII, 1954, 3-63; Montero, *El Madrid Medieval*, 220 ss, 278 ss, Para el crecimiento de Madrid en conjunto, *vid.* nuestro «Evolución del plano de Madrid hasta el siglo XVII», en *Los Planos de Madrid y su época*, 1992.

internos, incluso en el propio riñón de Madrid, la collación de Santa María, parecen estarse despoblando parcialmente, posiblemente por los entonces frecuentes desórdenes y banderías, y algún sector de ellos se ha ruralizado, como ocurrió con la cava del Alcázar, cuyas inmediaciones se cubrieron de cultivos¹³.

Esta población desplazada de seguro ha formado parte de quienes, en primera oleada, se instalan en los arrabales; buscan, paradójicamente, seguridad por lo antes expuesto, pero también, probablemente, cargas menores y, sin lugar a dudas, las ventajas ofrecidas por el Concejo, pues, por el afán de poblar la villa, en principio los solares extramurados se entregan gratis. Añadamos que no es Madrid una excepción en la norma, ya que en otras ciudades ocurre lo propio¹⁴.

Será precisamente el abuso de la norma, junto a graves alteraciones, lo que moverá al rey Juan II a comisionar en 1453 a Alfonso Díaz de Montalvo. La delicada y compleja intervención de éste dió muchos buenos frutos, y el más interesante a nuestro propósito actual es la relación de nuevos propietarios a los que, en muchos casos, hubo de imponer censo por primera vez. Sobre este particular basó Urgorri dos utilísimos trabajos¹⁵, y sobre el tema nos hemos extendido en diversas ocasiones.

Valga el largo preámbulo debido a que la mayor concentración de nuevas edificaciones se dió desde la Puerta de Guadalaxara, en la margen de cava opuesta a la muralla; en menos de dos decenios se cubrió casi totalmente el flanco de la laguna del Arrabal desde el portal indicado hasta los inicios del camino de Toledo. Tal progresión del caserío sirvió para enlazar el eje comercial San Salvador –Puerta de Guadalaxara con el que, muy poco después, se transformaría en más destacado escenario mercantil de la población: la ya conocida como «plaza del Arrabal». Y también para que pudientes personajes madrileños se instalasen más allá de la principal entrada a la villa, formando un denso núcleo del poder y del dinero.

No afirmamos esto gratuitamente, pues –salvo alguna excepción– los solares que satisfacen censo más alto y los personajes identificados están literalmente pegados a tan importante acceso. Aclaremos que las casas partían de la misma puerta y que hasta casi dos centurias más tarde no existía comunicación alguna, sino más abajo, con la naciente plaza del Arrabal; los inmuebles, por tanto, formaban un tapón que obstruía completamente la entrada a la cava.

En esta reproducción de lo que ocurría junto a la Puerta de Guadalaxara muros adentro, se producía igual mezcla de linajes antiguos y de nuevos vecinos, mas unidos por los factores comunes de la influencia y el dinero.

¹³ En varias ocasiones nos hemos ocupado del tema; entre ellas, *El Madrid Medieval*, 220 ss; «Un siglo de crisis en Madrid», *Torre de los Lujanes*, 23, 1993, 121-34. En cuanto a Gómez Iglesias, principalmente «Las sentencias del licenciado Guadalajara», *RBAM*, XVI, 1947, 333-91.

¹⁴ Cfr. *Historia del Urbanismo...*, 292-300.

¹⁵ Uno, el ya citado. El otro, «Relación de propietarios y fincas próximas a las cavas de la villa de Madrid», *RBAM*, XXIII, 197-238.

Como muestra, el que, según Urgorri¹⁶, era primer propietario desde el exterior del portal: Juan Díaz. No figura en la relación de propietarios ordenada por Montalvo, y su nombre nada nos diría, si no paramos a considerar que fué el escribano que realiza el documento: ¿casualidad o premio, suponemos justo, a sus servicios?. Inmediatas se hallaban las casas de Francisco de Párraga, que fué corregidor de Madrid cuando aún no se había instituido firmemente el cargo. Estas se mencionan «...junto a la puerta»; si no se abusa del sentido de proximidad, como es frecuente, hay que pensar que ambas viviendas apoyaban al muro y eran paredañas por sus traseras.

La mujer de Párraga era nada menos que doña Catalina Ximénez de Luxán, hija de Miguel Ximénez de Luxán, y por tanto perteneciente al tronco principal de uno de los más célebres linajes de Madrid, de origen aragonés como los Zapata, venidos probablemente a Castilla cuando ellos y emparentados con ellos, según veremos. En segundas nupcias, casó doña Catalina con Juan Fernández de Villanuño, que –cuenta Urgorri– fué propuesto, al igual que el primer marido, como corregidor, y no aceptó¹⁷.

Sin embargo, Villanuño disfrutaba de un excelente puesto, pues –según Álvarez y Baena– era contador mayor del rey. Además de lo dicho, y de ciertas heredades en lugares próximos, poseía el matrimonio casa frente a San Juan y nueve tiendas en el arrabal, «á la Puerta de Guadalaxara»¹⁸. En la «Relación» de Montalvo, no encontramos tantas, pero sí tres tiendas «de la mujer de Juan Fernández de Villanuño», en algún lugar nombrado «Alonso». Si el inmueble anterior pudo venir como herencia de Párraga, no cabe duda de que las tiendas serían de Catalina. La confusión de «Alonso» por Juan de Villanuño desaparece al saber que después fueron heredadas por Diego de Luxán, hijo de Juan y Catalina¹⁹.

Que lo más selecto de la sociedad madrileña había puesto sus reales en las inmediatas afueras del portal se confirma al conocer la titularidad de otros solares. Algo más abajo, y más allá de una calleja que al parecer comunicaba la plaza del Arrabal con la cava, nos surge Alonso Álvarez de Toledo –el tal Alonso Álvarez de Toledo es un acaudaladísimo personaje que fué también contador mayor en tiempos de Enrique IV²⁰– y probablemente vecina suya era la casa de Pedro García, que poseía dos puertas.

Esta circunstancia, unida a un censo superior –50 maravedíes– hizo suponer a Urgorri que pudiera tratarse del «palacio» que pertenecía en 1472 a otro antiguo corregidor, Juan Díaz de Guadalaxara, y que citábamos en otro trabajo como una de las pocas mansiones matritenses de la que existe sumaria descripción²¹.

¹⁶ «Relación...», 202-8. De aquí en adelante, nos basamos repetidamente en la «Relación...» de Montalvo, Archivo de la Secretaría (ARS) 3-141-36.

¹⁷ «Minutas de escribanos» (ARS), t. I, fls. 266, 272 v.

¹⁸ Álvarez y Baena, J.A., *Hijos de Madrid ilustres...*, IV, 1791, 163.

¹⁹ *Ibid.*; Urgorri, *ibid.*

²⁰ Álvarez y Baena, III, 1790, 96-97.

²¹ «Minutas...», III, 478, 479, 414. Montero Vallejo, M., «Apuntes sobre la construcción y la vivienda en el Medievo madrileño», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXXI, 1992, 241-51.

Desde aquí, y siguiendo la trayectoria de la cava en sentido meridional, los solares bajaban de precio, hasta el camino de Toledo en que –prueba de ser posteriormente adjudicados– subían aquél. Es ilustrativo que –advierde Urgorri–, antes de la revisión de Díaz de Montalvo, las fincas cercanas a la Puerta de Guadalupe no satisfacían censo.

Tales hechos demuestran que, en amplio sentido, la mayor proximidad a la puerta indicaba posesión de antiguo, y por vecinos que –a causa de su calidad e influencias– se habían hecho con los mejores lotes, además de conseguir, una vez impuesto, pagar alquiler moderado en relación con lo céntrico de la situación. Llama por ello la atención que las antedichas tiendas de doña Catalina rentasen la elevada suma de 220 maravedíes: a más de la excelente situación, parece claro que lo que encarecía el suelo era su utilización comercial.

Con todo, y dada la escasa diferencia temporal, estos maravedíes quedaban muy abajo de lo que valían los angostísimos habitáculos que más atrás mencionábamos en la misma puerta. Así pues: funcionalidad y contigüidad eran los criterios valorados, sólo corregidos por la antigüedad en el disfrute.

Pero tanto este aspecto como los anteriores nos informan de lo goloso del lugar, escenario de una «geografía del poder» que agrupaba en corto trecho: hombres de letras, corregidores, altos cargos de la administración, linajes viejos y nuevos...; en suma, todo un elenco de «notables», que en muchos casos pertenecían a varias de las categorías invocadas y estaban emparentados entre sí²².

No debemos, sin embargo, olvidar que –como se ha anunciado– este espacio privilegiado era continuación del primitivo, el originado tiempo atrás al otro lado de la más importante salida de la población. Y aunque, ni con mucho, poseamos datos tan precisos de éste, sí los suficientes como para conocer el nombre de la familia de mayor relevancia, relevancia además lograda en el transcurso de muy poco tiempo: los Zapata o Sánchez de Zapata.

3. La saga de los Zapata.

Lamentablemente, Alberto y Arturo García Carraffa no llegaron a «Zapata» en su voluminoso diccionario, ni tampoco hasta ahora su continuador Endika de Mogrobojo²³. Y lo lamentamos porque, a pesar de ciertas concesiones a lo nebuloso y cuasi mitológico –heredadas, sin embargo, de algunas fuentes consultadas–, es obra admirable por su exhaustiva erudición y su alarde bibliográfico. Sin embargo, otros repertorios consultados nos aportan noticias de sumo interés acerca de los orígenes y evolución del linaje de los Zapata y sus diversas ramas, especialmente de la madrileña, que es la que ahora interesa. De ellos, el más cumplido es el de Vilar y Pascual²⁴.

²² *El Madrid Medieval*, 231 ss, 253 ss.

²³ García Carraffa, Al. y Ar., *Diccionario heráldico y genealógico de apellidos españoles y americanos*, 50 vols. (1919-1963). Mogrobojo, E. de, *Diccionario hispánico de heráldica, onomástica y genealogía* (Cols. Mogrobojo, A. , I. , 6.), 5 vols. Bilbao, 1995-6.

²⁴ Vilar y Pascual, L., *Diccionario histórico, genealógico y heráldico de las familias ilustres de la Monarquía Española*. Madrid, 1859, 445 ss.

«Esta familia trae su origen del Rey D. Sancho Abarca, y fundó su casal en Aragón, donde fueron Ricos-hombres de Meznada sus hijos».

Sin negar lo que pueda tener de cierto la vinculación con tan ilustre ascendiente, de sobre conocemos cómo durante los siglos XVII y XVIII muchas célebres –y no tan célebres– familias de los reinos hispanos se las arreglaron para entroncar con los primeros monarcas reconquistadores, y bastantes fueron más allá. Tampoco es lugar para entrar en polémica, pero retenemos un dato importante.

Éste es su condición de «ricos-hombres de mesnada». Madramany, en su tratado sobre la nobleza valenciana, se hace a nuestro entender un pequeño lío. Pone a ricos-hombres de mesnada en elevadísimo lugar, pero sitúa delante a unos pocos linajes de «antes de la pérdida de España»: volvemos a las usuales genealogías cuasi mitológicas. Tal vez debamos entender que, dentro de los ricos-hombres, existía un reducidísimo círculo de élite, y a continuación venían otras familias muy ilustres, pero que no eran auténticos magnates. Creemos que aquí hay que situar a los Zapata, toda vez que el citado tratadista aquí los encuadra y menciona entre otros apellidos; casi iguales «por agregación», «se acercaban mucho en su dignidad y nobleza a los «Ricos-hombres»²⁵.

El primer miembro documentado históricamente es García Zapata, alcaide de Calahorra en 1216²⁶. Su hijo aparece ya afincado en Calatayud –Pedro Sánchez Zapata de Calatayud–, mencionado en 1232. «Señor de las varonías de Valtres y la Vilueña», acompañó a Jaime I en la conquista de Valencia.

Aunque probablemente alguna recompensa merecieron aquí –según luego veremos–, Pedro Sánchez Zapata no se desarraigó de Aragón. Su hijo –tercera generación conocida– fué Rodrigo Sánchez Zapata, que continuó en Calatayud, señor de Valtres, la Vilueña «y otros heredamientos». Figuran como sus hijos Pedro Sánchez Zapata y Rodrigo, «de quien descienden los Zapata de Valencia», condes del Real entre otros títulos.

Sigamos con la rama aragonesa. Pedro Sánchez Zapata, señor de Valtres y la Vilueña y que desempeñó el importantísimo cargo de gobernador de Aragón, tuvo por hijos a Pedro y Rodrigo Zapata. Y aquí se bifurca el linaje y se parte el patrimonio. Pedro, el primogénito, obtuvo los consabidos señoríos de Valtres y Vilueña, que –muerto su hijo sin descendencia– pasaron a la hermana, doña María Pérez Zapata, que enlazó con los Gotor.

El hermano menor de Pedro, Rodrigo –perteneciente a la quinta generación– «...sucedio á su padre en la casa, hacienda y bienes de Calatayud» Estuvo al servicio de los soberanos aragoneses Pedro IV y Juan I –recordemos que el primero muere en 1387, y el segundo en 1396– y gobernó cargos importantes, como capitán general de

²⁵ Madramany y Calatayud, M., *Tratado de la Nobleza de la Corona de Aragón, especialmente del Reyno de Valencia, comparada con la de Castilla...* Valencia, 1788, 94-5.

²⁶ Recordemos que Calahorra era castellana desde tiempos de Alfonso VI. Que en tal fecha fuese un Zapata alcaide de Calahorra da pie a una hipótesis, que más adelante exponemos.

las Fronteras de Castilla. Casado con Leonor de Liori, hermana del gobernador de Aragón con Martín I, Gil Ruiz de Liori o Lihori, tuvo tres hijos; éstos compondrán la sexta generación de Zapatas, y en ella aparece ya nuestro personaje.

Es éste el primogénito, Ruy Sánchez Zapata, «...que pobló en Madrid como luego se dirá». Lógicamente a él -que heredó, apocopado, el nombre de Rodrigo, tan vinculado a la familia- corresponderían los señoríos y bienes radicados en Calatayud; sin embargo, su temprana marcha a Castilla probablemente determinó que se desprendiera total o parcialmente de ellos, pues dice Vilar que del hermano segundo, Azor Zapata, «...vienen los Zapatas de Aragón». La tercera hija fué Francisca Zapata.

Nuestro Ruy se crió como doncel junto a doña Leonor, hija de Pedro IV. Esto parece apuntar a que su llegada a Castilla no fué motivada por la embajada que presidió su pariente el arzobispo don Pedro de Luna, sino que es versión más lógica la que refiere su venida como acompañante de Leonor, que casó en Soria con el futuro Juan I en 1375. Anotemos la fecha, pues ya antes era «doncel», y otro hecho significativo: que, según la narración más fiable, también Miguel Ximénez de Luxán llegó a Castilla en el cortejo de doña Leonor. Así pues, unos esponsorios principescos fueron la causa de que acabaran afincándose en tierra castellana dos conocidos linajes aragoneses, que a su vez constituyeron cabeza de dos ilustres troncos nobiliarios matritenses⁷⁷.

Entre Vilar, Álvarez y Baena y Quintana podemos perfilar los hechos esenciales en la vida de Ruy Sánchez de Zapata «el Viejo», completándolos y corrigiéndolos con datos documentales que hemos allegado; la comparación de distintas fuentes nos sirve, también, para distinguirlo netamente de su primogénito y homónimo, Ruy Sánchez de Zapata «el Mozo», al que se adjudica equivocadamente algo de lo perteneciente a su padre⁷⁸.

Creemos que ciertos errores provienen de la longitud de la vida de Ruy Sánchez el Viejo: recordemos que cuando llega a Castilla es en 1375 –no en 1365, como afirma Quintana, lo cual complicaría aún más el asunto–, año de la boda de doña Leonor, y que en 1430 funda la capilla de Nuestra Señora de la Estrella, y ha de ser él, pues en todas las referencias aparece como cofundadora su segunda esposa, doña Constanza. Y que, además, todavía figura en años posteriores.

Todos insisten en que Ruy desempeñó la dignidad de copero mayor y aquí podría venir la primera confusión, pues como se verá el cargo quedó vinculado a la familia y lo sirvieron varios Zapatas. Cuentan Quintana y Vilar que ya era copero con Enrique III, y que el monarca, a su muerte, le dejó como reconocimiento a sus servicios una manda de 10.000 maravedíes de juro en cada año. Por edad, es perfectamente posible, así como que fuera –la coincidencia es total entre los autores– asimismo copero mayor de Juan II.

⁷⁷ García Carraffa, ob. cit., 276.

⁷⁸ Hemos utilizado para este punto: Quintana, 650 ss.; Vilar y Pascual, 446 ss.; Álvarez y Baena, IV, 1971, 303-4. Respecto a otros detalles, *vid. infra*.

También afirma Quintana que el rey don Juan, por sus servicios, «le heredó en Madrid», donde tuvo su asiento y casa. Pero consideremos que, si así fué, hubo de ocurrir muy al principio de su reinado, durante la minoridad, porque Zapata estaba suficientemente heredado en Madrid, y ya por esos años, merced a su matrimonio con doña Mencía González de Ayala, que había fallecido ya a principios de 1413²⁹. Recordemos que Juan II comienza su reinado –con menos de dos años de edad– en 1406 o 1407, según los cronistas, confusión explicable por haber fallecido su padre, Enrique III, el día de Navidad de 1406.

El otro interrogante lo plantea su condición de copero con Juan II. A pesar de las afirmaciones de quienes se ocuparon de la figura de Ruy, y de que manifiestan que estuvo presente en todos los hechos «en paz y en guerra» en estos tiempos, no hemos conseguido localizarlo en la principal relación sobre Juan II, y agradeceríamos que alguien, más concienzudo, nos avisase sobre lo contrario³⁰.

Más aún: en 1421 se cita como copero a Pedro Carrillo de Toledo³¹. Sin embargo, ello tiene parcial explicación, pues eran fechas más que revueltas en Castilla, y pudo muy bien Ruy Sánchez perder momentáneamente el cargo.

Es precisamente el año en que nuestro biografiado asiste a procurador en Cortes por Madrid, lo que –a pesar de influencias– nos habla de arraigo y vecindad en la villa. Precisamente, y con otro procurador, marchó a Toro para persuadir al infante don Enrique, que trataba de acercarse al tutelado rey Juan II –¿aún sitiado en Montalbán?– con no buenas maneras. Hora es de aclarar que don Enrique es uno de los infantes de Aragón, no –como narra Quintana– el futuro Enrique IV, que iba a verse «con el rey su padre»: para que Enrique IV naciera faltaban cuatro años.

Tal vez el no figurar en la ocasión expresada como copero tenga que ver con estos vaivenes de la política castellana; sabemos que Ruy fué muy afecto al condestable don Álvaro, que por entonces comenzaba a destacar como árbitro indiscutible de Castilla. Según Quintana, Zapata había hecho a don Álvaro «...algunos socorros...siendo paje del Rey Don Juan II». Como favor con favor se paga, Luna, asentado en el favor real, honró y gratificó a Ruy y a sus hijos.

Pero el aragonés, para entonces, ya era un personaje: copero real, procurador y –repetamos– bien instalado y avecindado en Madrid. Tal vez lo sería ya bajo Enrique III, pues su cargo de copero exigía contacto continuo con el monarca, y sabemos del apego demostrado por éste a la villa. La relación de Zapata con Madrid vendría de estos tiempos, en los que debió desposar a una ilustre dama, doña Mencía de Ayala. Éste le había dejado viudo a poco de casarse, pues a 15 de febrero de 1413, aparece

²⁹ Vid. *infra*.

³⁰ Hemos seguido Pérez de Guzmán, F., *Crónica del señor rey don Juan segundo de este nombre*, compilada por el noble caballero... corregida, aumentada y adicionada por el Doctor Lorenzo Galíndez de Carvajal... Valencia, 1779.

³¹ *Ibid*, 188.

Ruy Sánchez ejecutando a favor de las dueñas de Santo Domingo una cláusula del testamento de su difunta esposa, doña Mencía, en que les dejaba 1400 maravedíes de juro sobre las alcabalas de las Carnicerías³². Suponemos que éstas son las primitivas, reseñadas unos años antes, en la calle de la Puerta de Guadalfajara, próximas a la plaza de San Salvador³³.

Excluidas las mandas piadosas, el grueso de la fortuna de Mencía –que no dejaba descendencia– debió recaer en Ruy, que se vió señor de Barajas y La Alameda, hasta poco antes aldeas de Madrid³⁴. Ya era también señor de vasallos en Castilla. Si se cita como doncel en 1375, debió nacer hacia 1360 o en fecha anterior. Suponemos que, cincuentón avanzado, tuviera prisa por tener hijos a los que legar cargos, título y fortuna. No es aventurado considerar que –tal vez apenas transcurrido el plazo legal– contrajera en breve matrimonio con lo que todos citan por su segunda esposa: doña Constanza de ¿Aponte?

Por este apellido la cita Álvarez y Baena; asimismo lo anotan Quintana y Vilar y Pascual³⁵. Solamente en García Carraffa, al trata del linaje de Luján o Luxán, se habla de doña Isabel «Ponte», que matrimonió con Pedro de Luxán, hijo de Miguel Ximénez³⁶. No puede darse error, pues Isabel –según todos– era hermana de Constanza, hijas ambas del «señor de Monreal».

Ciertamente, los dos linajes –Ponte y Aponte– tienen equivalencia para alguna de sus ramas, mas nos alegramos de la precisión, porque ya en alguna ocasión habíamos advertido sobre cuál era el auténtico apellido.

En la «Relación» tantas veces invocada, y precisamente a su inicio, se mencionan tres tiendas de «...doña costa(n)ça de ponte mug(er) q(ue) fue de Ruy s(ánche)z çapata...»; se encuentran en el «d(ic)ho arraval a la plaça ond(e) se vend(e) la leña...» y censan 80 maravedíes al año. La lista de Montalvo se elaboró desde fines de 1453, pero lleva fecha de 12 de agosto del año siguiente³⁷. Constanza sigue figurando como poseedora en un censo de 1477; desconocemos si es error, pues lo que conservamos es un traslado de fecha posterior, mas en éste leemos con toda claridad: «Ponze»³⁸.

Sería entonces más que octogenaria, y resulta evidente que sobrevivió muchos años a su esposo. Muy frecuente la circunstancia en la época por la diferencia de edad entre los contrayentes, en nuestro caso es aún más lógico: vimos que al casar Ruy con

³² AHN, 1364.12. Se recoge en provisión de Enrique IV, de 25-IV-1477. AHN, 1366.9.

³³ A 27-IX-1400. AHN, 1363.11.

³⁴ En 1369, Barajas, con otras aldeas, fué entregada a Pedro González de Mendoza, como compensación por su fidelidad a Enrique II. Vid. Montero, M., *El Madrid medieval*, 204.

³⁵ *Hijos de Madrid...*, IV, 303-4. Quintana, *ibid.*; Vilar, *ibid.*

³⁶ Ob. cit., 51, 276.

³⁷ *El Madrid medieval*, 239. La cédula de Juan II comisionando a Montalvo es de 26-XI-1453 (ARS, col. C, 17r-18v). «Relación»: ARS, 3-141-36 bis. Por confusión, en Álvarez y Baena, *ibid.*, es llamada «Catalina».

³⁸ ARS, 3-141-36.

Constanza muy probablemente rebasaba los cincuenta y cinco años, y es de suponer que ella fuese veinteañera. No olvidemos que un hijo del coetáneo de Zapata, Miguel Ximénez de Luxán, se desposó con su hermana Isabel.

Además, el primer documento nos aporta una certeza: que en 1453-54 Ruy Sánchez Zapata «el Viejo» había muerto. Ello se ratificaría por el hecho de que su sucesor, Ruy «el Mozo», heredó la dignidad de copero mayor en vida de Juan II, y este monarca falleció en 1454.

Pero las noticias sobre el padre no concluyen con la fundación de la capilla en San Miguel en 1430. Álvarez y Baena afirma que el segundo Ruy Sánchez Zapata –hijo de Constanza de Ponte– fué promovido a corregidor de Ávila en 1435. Si consideramos la fecha aproximada del matrimonio de sus padres, como mucho debía llegar por entonces a los veinte años. Especialmente en aquellos primeros tiempos en que los reyes castellanos nombraban –normalmente, en casos muy particulares y para situaciones comprometidas– a asistentes y corregidores, se buscarían –como prueban algunos ejemplos– personas curtidas y de cierta experiencia, pues distaban de ser cargos honoríficos. Probablemente, en una de las frecuentes confusiones entre padre e hijo, se le adjudicó a éste una corregiduría de Ávila que debió ejercer el viejo Zapata, que no debía bajar de setenta y cinco años³⁹.

No hemos hallado noticia ulterior en vida acerca del instaurador del linaje en Madrid. Su hijo, homónimo del progenitor, heredó a su fallecimiento el señorío de Barajas y Alameda y fué copero de Juan II y Enrique IV. Por cierto, fué mucho menos longevo que su padre, ya que su hijo, Juan Zapata «el Arriscado», alcanzó a sucederlo como copero del rey Enrique, muerto en 1474.

Es sin duda el segundo Ruy Zapata quien aparece como alcaide de la Puerta de Guadalajara en 1450⁴⁰, pues su padre, de vivir, rebasaría los noventa años. Mas, al faltar actas de esta época, ignoramos si puede resultar el que desempeña el cargo de regidor de Madrid en 1471 y 1472, según refiere Quintana. Tal vez lo fuera ya su hijo, el mencionado como tal en 1474 –«Joan Çapata el Viejo», para distinguirlo a su vez de su descendiente–⁴¹. Con todo, no parecen haber estado los Zapata en estos primeros tiempos demasiado cercanos al gobierno municipal; sí, en cambio, ya «...solían capitanejar milicias concejiles»⁴².

Mas continuemos con Ruy «el Mozo». Fué el mayor de los tres vástagos habidos por Ruy Zapata y Constanza de Ponte, y, al igual que su padre, casó dos veces: con doña Juana de Ulloa y doña Guiomar de Alarcón, de las que hubo siete descendientes entre hijos e hijas. Como se manifestó, había muerto antes de 1474 y fué sucedido por el primogénito, Juan de Zapata «el Arriscado», tan prolífico como su padre, aunque

³⁹ Coincide con nosotros Vilar, que debió percatarse también del error cronológico, ob. y loc. cit.

⁴⁰ Cfr. n. 2.

⁴¹ *LACM*, I, 241 v, 14.

⁴² Urgorri, «Relación...», 230.

hubo una sola esposa. Este Zapata, a quien correspondieron los consabidos señoríos de Barajas y Alameda y el oficio de copero mayor con Enrique IV y los Reyes Católicos, debió ya obtener alguna herencia de mozo, pues en 1454 figura como poseedor de un solar a la plaza del Arrabal, y por su carácter y situación parece no tener nada que ver con las propiedades de su abuela⁴¹. Sin embargo, es más probable por la fecha que se trate de su tío, también llamado Juan Zapata.

Con lo expuesto basta. Probablemente podamos considerar a los Zapata como integrantes del «póker» de ilustres troncos nobiliarios incorporados a la villa entre las postimerías de la decimacuarta centuria e inicios de la siguiente, que aquí tomaron carta de naturaleza y se situaron al nivel de la rancia nobleza local: Álvarez de Toledo, contador mayor; Castilla, descendientes directos de don Pedro I; Luxán, maestresala o camarero mayor; Zapata, copero mayor. Origen de múltiples ramas, poseedores prácticamente hereditarios de importantes cargos dentro y fuera del Concejo, concluyeron contrayendo complicadísimos lazos de parentesco, tanto con familias largamente aquí enraizadas o, como ellos, advenidas en el Bajo Medievo, como entre ellos mismos. Una muy temprana muestra: Constanza e Isabel Ponte desposaron, respectivamente, a Ruy Sánchez «el Viejo» y al hijo de su paisano y compañero, Miguel Ximénez de Luxán. Por si no bastara, el nieto de los primeros, Juan Zapata, casó con la hija del hijo de Luxán y su segunda mujer; o sea, con la hermanastra de su tío-primo.

4. La Iglesia de San Miguel de los Octoes y la Capilla de Nuestra Señora de la Estrella.

Antes de pasar a ocuparnos de la iglesia, del propósito de los Zapata y de lo relacionado con ello, conviene dedicar una líneas a la advocación de la Virgen de la Estrella, y la razón de que enraizara en la villa.

El episodio de la fundación de la capilla y los orígenes de la imagen son descritos por Quintana⁴², a quien parecen seguir todos; tras referirse a los fundadores, dice que: «edificaron una capilla muy suntuosa arrimada a esta iglesia, cuya puerta salía al pórtico de ella, colocando en ella una imagen de Nuestra Señora, de escultura, de vara y media de alto, muy antigua, a quien llamaron la Madre de Dios de la Estrella, con quien ellos y sus pasados tenían gran devoción por las maravillas que, llevándola a las guerras, obraba la Divina Majestad por su medio. Una de las cuales fué que, saliendo uno de sus antecesores de la batalla (en la guerra que contra los moros de la Andalucía hacían sus Reyes) todo cubierto de flechas tocadas con yerba, milagrosamente le libró Nuestra Señora, por encomendarse a ella en esta santa imagen».

⁴¹ ARS, 3-141-36 bis.

⁴² Ob. cit., 172 ss. Quien nos lea se preguntará la razón de no citar al maestro Gil González Dávila en cuanto a pormenores relacionados con San Miguel y la capilla. Se debe a que no habla de ellas; en su *Teatro de las Grandezas de la Villa de Madrid...*, 1629, 232, dice únicamente de la parroquia: «También ésta es muy antigua»(!!!).

Y prosigue: «Comprueba este milagro una pintura antigua que hubo, en donde se veía pintado este caballero, lleno de flechas, hincado de rodillas delante de ella; cuyo retrato, haciéndose almoneda de uno de estos señores Zapata, vino a manos de un archero que le compró de ella».

Ignoramos quién fué el Zapata que tan apurado se vió como para pignorar efigie tan venerada por su familia. Nada nos convence la versión, ya que estaba vinculada a la rama principal del linaje, patrona de la capilla, y sabido es que no era flojo el patrimonio, y que –por lo que refieren el propio Quintana y otros– poco antes de ser escrito esto varios Zapata habían realizado importantes donaciones y acabó la familia por ejercer el patronazgo sobre todo el templo, una vez anexionada a él la capilla, como hemos de ver.

En cualquier caso, parece que –una vez desaparecido el cuadro– no quedó copia de él, aunque ésta seguramente se hubiera quemado o dañado seriamente tras el tremendo incendio de la Plaza Mayor, acaecido en 1790, que dejó prácticamente destruida la parroquia. Así pues, de nada vale tratar de identificar, entre la variada iconografía de la Virgen de la Estrella, cuál era la procedencia de la imagen.

Sánchez Pérez, en un completo tratado sobre la devoción mariana, nos recuerda que ya una versión del famoso romance de Gerineldo habla de Nuestra Señora de la Estrella:

«No lo quiera Dios del Cielo,
ni la Virgen de la Estrella...»⁴⁵.

O sea, que el título era antiguo, y no nos sorprenderán los muy diversos orígenes de la devoción, si atendemos a la constante identificación de María con los astros: *Stella matutina*, *Stella Maris*... De distintas épocas y de diferentes lugares conservamos memoria del culto bajo este título.

De esta manera, conocemos: una talla del siglo xvii en Málaga; una ermita junto a Cuenca; una imagen del siglo xvi en la catedral de Sevilla; otra efigie de las más célebres: la situada en el trascoro de la catedral de Toledo; la patrona del pueblo jiennense de Navas de San Juan, venerada en su ermita, junto a un torreón islámico; la imagen hallada en un bosque junto a la villa turolense de Mosqueruela, lindante con Villafranca.

La más famosa, y de tradición e historia más conocidas, es la riojana de Briones. Es asimismo la más antigua, pues su devoción remonta al siglo xi por lo menos, ya que se relaciona documentalmente en 1060 con el rey navarro Sancho García. Durante siglos fué venerada bajo el título de Nuestra Señora de Arizeta o de la Encina, hasta que el pequeño santuario fué donado a los jerónimos, que lo ampliaron y construyeron junto a él un monasterio. Aún quedaría la Virgen del Puy de Estella –nombre evoca-

⁴⁵ Sánchez Pérez, J.A., *El culto mariano en España*, Madrid, 1943, 175.

dor-, cuya aparición registra la tradición en 1082 en una cueva y la que honró ya el rey Sancho Ramírez. El templo y palacio que construyera constituyeron el remoto núcleo de la población –aunque este aspecto no queda para nosotros totalmente claro–, y conserva documentación desde 1171⁴⁶.

Resulta obvio que varias pueden provenir de otras. Apenas sabemos nada de la imagen de Cuenca, mas la de Mosqueruela aparece en el siglo xvi avanzado, y la existente en Málaga se labró indudablemente cuando y la advocación se encontraba muy extendida. Las de Sevilla y Navas, independientemente de la antigüedad de la representación, hubieron de ser allí llevadas por los repobladores, mas, ¿en qué fecha?. Tenemos algún barrunto de lo antiguo de la tradición en Sevilla.

También podemos abrigar cierta sospecha de que la Virgen de la Estrella toledana pueda sustentarse de algún modo en la tradición local. Sin embargo, son la navarra y la riojana las más antiguas conocidas. Y concretamente la de Briones, según versión bastante común, recibe nuevo auge con la entrega a los jerónimos en 1430, año en que se erige la capilla madrileña⁴⁷. Tanto ésta como la del Puy –aunque de titularidad más específica– se hallan próximas a Calahorra, y recordemos el episodio del primer Zapata conocido, alcaide de Calahorra.

Las dudas ya expresadas sobre este punto⁴⁸ tienden a complicarse –o a esclarecerse– si entendemos textualmente lo referido por Quintana cuando habla del caballero Zapata que marchó con su rey a la guerra «contra los moros de la Andalucía». O tomamos esto con sentido muy genérico, o nos conduce a una sospecha: que los Zapata, presentes en Calahorra, eran entonces vasallos de Castilla, y que su origen fuera navarro; no se olvide el pretendido enlace con Sancho Abarca y el tiempo que la mencionada ciudad perteneció al reino de Navarra.

Parece claro el propósito del linaje que estudiamos, el de crear un recinto propio con enterramiento similar al disfrutado por otras familias notables –según uso de la época– en otras parroquias matritenses: los Bozmedianos, Monzón y Vallejo en Santa María; los Luzón y Díaz de Ribadeneyra en San Nicolás; otros Ridadeneyra, Losada y Álvarez de Toledo en Santiago; los Luxanes en San Pedro; los González de Madrid, entre otros, en San Salvador... Aunque las noticias no son muy abundantes, sabemos que la mayor parte de los conocidos fueron labrados o reformados durante el siglo xv, que varias ramas de un mismo linaje dotaron distintas capillas; así, Bozmedianos y Luxanes. También, que al proceso se incorporaron familias que no pertenecían al elenco, o que se añadieron de manera poco clara a un tronco importante, tales los González de Madrid.

Sin embargo, llama poderosamente la atención que fué el de los Zapata el único linaje que se afincó en San Miguel; incluso construyeron su capilla exenta, posible-

⁴⁶ *Ibid.*, 176-7, 344-5.

⁴⁷ De la Fuente, V., *Vida de la Virgen María*, Barcelona, II, 1879, 275.

⁴⁸ V. nota 26.

mente por no existir espacio suficiente en la iglesia. Nos habla ello de la exigüidad de ésta y de su condición de foráneos: buscaron sitio donde no existieran competidores e, indudablemente, en la vecindad, en lugar inmediato al que debía ser ya entonces el de sus casas principales.

La «Planimetría General» ofrece información muy interesante... y muy curiosa. A los condes de Barajas, descendientes directos de Ruy Sánchez Zapata, correspondían los números 5, 6, 7, 14, 15, 16 y 17 de la dilatadísima manzana 169 –en la que se enclavaba la parroquia– y el número 1 de la vecina 170; precisamente, y entre ambas, se encontraba la plazuela «del Conde de Barajas».

En su origen, la iglesia se hallaría exenta, salvo con relación a la muralla, pues en la propia «Planimetría» se advierte que un tramo de aquélla se conservaba contiguo a los números 10 y 11, los ocupados por el templo y sus dependencias; ciertamente, esto nos indica que –según se ha de ver– San Miguel ganó terreno en diversas ampliaciones, pues en principio no se hallaba fuera del recinto murado, sino dentro.

De los números de manzana pertenecientes a los condes inferimos cuáles eran sus propiedades primitivas, ya que en el texto se alude a los antiguos poseedores de los «sitios» que integraron; ello, aún considerando los posibles errores y omisiones que para otros lugares hemos advertido. Habían sido enteros de la familia el 1 de la 170 y el 7, 15, 16 y 17 de la 169, además de otro sitio englobado en el número 6 y otro en el 11, revelador detalle al que nos referiremos, pues éste pertenece a la fábrica de San Miguel. Los restantes números habían sido de los condes, mas compartidos con otros propietarios. De los primeros, comprobaremos que únicamente el 16 pasó a Diego Zapata poco antes de 1635.

El de la 170 puede venir de antiguo, mas en los planos del xvii constituye un erial que forma parte de la plazuela. Así pues, el solar primitivo de los Zapata se situaba entre el sector inferior de la manzana y la muralla, a la plazuela; con el tiempo, ampliaron su terreno hasta la cerca y en dirección al templo, pues hacia éste existiría un espacio de respeto que se correspondería con el cementerio.

Aunque en algún lugar hemos leído que don Francisco Zapata y Cisneros –por la cronología, el dato correspondería a su hijo Diego Zapata Mendoza y Cisneros– adquirió los suelos que sustentarían las casas principales de la familia, que en la citada «Planimetría» no consten dueños de sitios antiguos es muy raro; pero, además, por las dimensiones del solar, sería lógico que anteriormente parte de la propiedad, tal vez luego redondeada, constituyese el núcleo del patrimonio de los ya condes de Barajas. El año –1626– en que este número fué privilegiado –redimido de carga– por el conde coincidiría con la fecha aproximada de las posibles adquisiciones, y con las correspondientes a los datos que vamos a aportar sobre la nueva fábrica de San Miguel: todo estuvo encaminado a la constitución de un emporio nobiliario que incluiría un patronato casi feudal sobre la iglesia, el cual tuvo su origen en el previo sobre la capilla de la Estrella.

Éste abona también la cercanía antigua de los Zapata. Descartando el espacio

posible del camposanto –que nunca fué de la iglesia, pues en el xvii constan otros propietarios–, contando al otro lado con la limitación drástica de la muralla, la capilla debió ocupar el espacio contiguo al lado de la Epístola, y hubo de labrarse al exterior por las reducidísimas dimensiones de la parroquia.

La visita de 1427 –tres años anterior a la fundación de Ruy Sánchez Zapata–, realizada por orden del arzobispado de Toledo a las parroquias del arcedianato de Madrid⁴⁹, no revela por sus bienes uno de los templos más ricos de la villa, pero cuenta con suficiente para mantenerse: aparte de la consabida relación de cruces, cálices, casullas, libros litúrgicos... –no en escasa cantidad, por cierto–, tiene al año 25 fanegas de trigo y 17 de cebada; 2794 maravedíes «del alq(ui)le..d(e) la casa de las sepulturas». Parece que éstas son rentas pertenecientes a los tres beneficios y medio que sostiene, y parte lo lleva el sacristán: mucho no es, por cierto, más advierte Juan Muñoz, clérigo y mayordomo, estar «...todos absentes saluo el dicho cura... e lleva los frutos».

Tal vez la escasez de medios había llevado, en la práctica, a «reducir plantilla». Sin embargo, lo que toca a la iglesia –no queda claro si algo corresponde a los clérigos– nos parece suficiente: una casa «a Barrionuevo»; otra casa más en Madrid; dos tiendas a la vecina Puerta de Guadalaxara; dos tierras con algunas casas... Reiteramos: suficiente, junto a los diezmos, como para mantener tan exigua fábrica.

Hemos dicho «exigua», y pocas veces tan justificado el término. Como anteriormente se decía, a mediados del xviii un trozo de cerca se integra en la iglesia y parece formar pared maestra con la zona ampliada; sí, «ampliada»: seguro, por los datos documentales que a continuación aportamos, y porque la parroquia –puede contemplarse en «Planimetría» y Texeira– ofrece una forma rarísima, y la parte nueva se emplaza totalmente al exterior de la cerca medieval del siglo xii. Aclaremos que hay posible error en la figuración de la «Planimetría», concretamente en la dirección del muro.

Pues bien: pensemos que en el número 10 de la manzana 169 –que es la ubicación antigua, porque figura como perteneciente desde tiempo inmemorial al cura de San Miguel, y no lleva carga alguna– el muro cortara en tiempo próximamente por la mitad, en quiebro hacia el portal de Guadalaxara. Habría que dividir 12161 7/8 pies cuadrados entre dos: unos ¡6000 pies!. O sea, que en irregular espacio hipotético de 23 por 20 metros habrían de caber templo parroquial y la capilla del primer Zapata madrileño, que los cronistas llaman «suntuosa»: ¿qué tamaño tendría la iglesia en sí?

De su pequeñez dan fe documentos muy posteriores, precisamente los relativos a la nueva fábrica del siglo xvii y que creemos rigurosamente inéditos. En 1608 se reúne en pleno el Concejo madrileño, a 31 de marzo, para atender una petición del cura y mayordomo de San Miguel.

⁴⁹ En realidad, las informaciones se tomaron en 1426. Es el manuscrito nº 8561 de la Biblioteca Nacional, del que hemos consultado una copia gracias a la amabilidad del canónigo archivero D. Nicolás Sanz.

Ha de construirse nueva capilla mayor; no sirve la vieja, a causa «... de su poca anchura y estar en medio del comercio de la gente que ay en esta co(r)te»: bien nos señalan las dos características más acusadas de la vetusta parroquia. Ya está hecha la traza por Francisco de Mora —con lo que tenemos nueva obra documentada del artífice conquense—, pero no podrá llevarse a término «...sino haciendo merçed a la fábrica de dos callejuelas que zercan la d(ic)ha ygl(esi)a La una questa detras de la Capilla mayor ques agora dela d(ic)ha ygl(esi)a q(ue) alinda conla muralla desta v(ill)a y la otra alamano derecha como se entra en la d(ic)ha y(g)l(esi)a q(ue)alinda don ger(oni)mo balter zapata —sucesor de un linaje alemán que en tiempo de Felipe II casó con una señora de dicho apellido en Madrid—.»

Se dice que son propios de la villa y que «...haciéndose merçed della ala d(ic)ha fabrica los Parrochianos delad(ic)ha ygl(esi)a se animaran a acudir con sus limosnas para la fabrica...»³⁰. El Concejo dió inmediatamente el visto bueno: comienza por citarse otra vez a Mora como autor del proyecto —¡lástima que éste no se vea reflejado, ya que nos confirmaría varias cosas!—; y se dice a continuación «...que dan tomar y tomen la piedra q(ue) tienen la çerca q(ue) alinda con las d(ic)has callejuelas y la piedra delaçerca y arco questa comose bade la d(ic)ha ygl(esi)a de s(an) miguel a laplaça sacandola y tomandola sin q(u)e haga perjuy(zi)o alse deribarlo alas Casas circunbecinas...». Se le da de gracia, sin pagar «cosa alguna», por ser «para una obra tan justa y que tan grande benef(ici)o y homato sele sigue a El lugar...» Alude a la «muchu gente» que, de ordinario, acudía a oír misa y los divinos oficios, y se conceden tres meses de plazo para comenzar la obra.

Situemos. La «plaça» es la de la Puerta de Guadalajara, y el «arco» debe coincidir con el portillo que en 1538 hubo de practicarse en la muralla —en tanto se ensanchaba el portal— para facilitar el acceso al templo a los fieles que vivían extramurados³¹.

En cuanto a las callejas que también se entregan, en el «Libro de los nombres y calles de Madrid», tan bien utilizado por Molina Campuzano³², se reseñan junto a la «plaçuela» «las dos callejuelas del Conde de Barajas». El dato es de 1625 —cuando ya las tareas estarían en lo esencial, según veremos, acabadas—, y no podemos saber si aluden a las antedichas —probablemente integradas casi del todo en el conjunto— o a los dos tramos de la calle de la Pasa.

Sin embargo, no sólo se tomaron las dos mínimas vías —una, sin duda, el adarve interior de la cerca— y la piedra de ésta. Más «piedra» se utilizó, en amplio sentido, pues en la «Planimetría» contemplamos que la nueva fábrica —si no está mal delineado— apoya el lateral del ábside sobre lo que restó de muro. El templo varió la orientación de su cabecera y aumentó sensiblemente sus dimensiones.

³⁰ Archivo Archidiocesano. San Miguel de los Octoes. Fábrica (1608-1683).

³¹ Montero Vallejo, M., *Madrid musulmán, cristiano y bajomedieval*, Madrid, 1990, 65.

³² Molina Campuzano, M., *Planos de Madrid de los siglos xvii y xviii*, Madrid, 1960, 187. La noticia se inserta en el ms. 5918 BN, al fl. 7.

En el texto de la «Planimetría» el nº 10 de la manzana no tiene renta ni carga, y aparece como del cura de San Miguel; el 11, en cambio, es de la «fábrica». Pero el anterior también integra parcialmente la fábrica, pues la torre se destaca en su extremo. Ignoramos en qué condiciones, mas la parroquia –además de absorber la calleja de ronda y parte de la otra– adquirió terrenos antes al exterior y, ante todo, otros sobre la cava externa de lo que permaneció de cerca; por ello, la capilla mayor tomó un extraño giro.

Y aquí viene la actuación de los Zapata, condes de Barajas; fueron los principales parroquianos que «acudieron con sus limosnas».

De los cinco sitio integrantes del nº 11, uno pertenecía a los condes; otro era de la parroquia, pues figura como propietario don Sebastián García de Barba, y éste había sido cura y mayordomo de San Miguel años más tarde³³ y es quien privilegia el solar. De los tres que restan, sólo una porción había sido del conde –don Diego Zapata–, pero éste adquirió el resto. Finalidad: donar el conjunto a la nueva fábrica de Mora, que además debió remodelar lo que quedaba de antiguo.

Leemos acerca de don Diego: «...(en 1621) compró y dotó la Capilla mayor y bóveda dela iglesia parroquial de San Miguel de Madrid; por haber quedado incorporada en la nueva Fábrica la Capilla, que por los años de 1430, labró Ruy Sánchez Zapata para entierro de su Casa»³⁴. Pero esto es cierto a medias; de creer a Quintana, la capilla había antes dejado de ser exenta: «Por estar separada esta capilla de la iglesia, como se ha dicho, los descendientes del fundador de ella, para incorporarla dentro, porque estuviese con más guarda y veneración, ensancharon una nave de este templo, de manera que quedó dentro de la puerta por donde se entraba a esta capilla, y así se ven en las tabicas del enmaderamiento de esta nave –o sea, que era mudéjar– las armas de los Zapata». Concluye contándonos que la capilla de la Estrella se menciona en un privilegio de Juan II –1446–, otro de los Reyes Católicos y varios papeles antiguos conservados en la iglesia³⁵. Posiblemente, con tales documentos ha ocurrido lo propio que con el plano de Francisco de Mora.

Lo importante es que los Zapata, de antes, consideraban el templo casi propio, y los párrocos supieron explotar su generosidad... en forma de suelo y dinero para la ampliación. Creemos fué la sola parroquia madrileña asentada sobre solar mayoritariamente particular, en un régimen casi absoluto de patronazgo nobiliario. Lo confirma el tabernáculo donado por el cardenal Antonio Zapata en 1608, y que se nombraba a los Zapata patronos de las capellanías por otros instituidas, de lo que consta más de un ejemplo.

Uno muy claro es el que vamos a exponer. Un Domingo Escoriaza, en 1582, dejaba en su testamento fundada una capellanía dotada con unas casas próximas. En 1635

³³ «Títulos de las casas nuevas pertenecientes al Conde de Barajas», dentro del libro que citamos en n. 50.

³⁴ Álvarez y Baena. *Hijos ilustres...*, I, 1789, 375-6.

³⁵ Quintana, *ibid.*

habían pasado a don Diego Zapata, como heredero en el patronazgo del primer titular, Juan Zapata. En 1753 estaban reducidas a sitios «heriales»; en el año siguiente, las «casas nuevas» se venden en favor de la fábrica de San Miguel, como incorporadas a otras «que posehe y labro á espaldas de su Altar mayor»⁴.

Este detalle nos ayuda a identificar perfectamente el solar: es el nº 16 de la manzana 169 –la que nos ocupa– de la «Planimetría», donde consta como perteneciente al conde de Barajas. En primer lugar, las medidas coinciden prácticamente con las allí suministradas –1774 pies cuadrados en el documento por 1714 largos en «Planimetría»–; en segundo, que el solar al que se incorporan –el nº 15– era también del conde y estaba tras el altar mayor –en amplio sentido– del templo; en tercero, que el documento advierte que el conjunto ofrece una línea de 183 pies «a la Cava».

En 1749 se dice que el sitio –se refiere al nº 16– se había incendiado en 1743 –con lo que se explica su condición de erial–, pero mantenía «alguna fábrica» y un almacén de carbón «a espaldas de la iglesia». Vemos, pues, otra propiedad del conde destinada al mantenimiento del templo, aunque no fuera suya en su origen: el eterno binomio Zapatas-San Miguel.

Mas el interés del texto no para aquí; deliberadamente hemos dejado para el final la constatación de los 183 pies lineales a lo que fuera foso de la muralla: ¿de dónde sale la cifra? Muy sencillo: el nº 15 posee 91 pies de fachada; el que describimos –incorporado al anterior–, 63 1/2. Nos faltan casi treinta pies, pero un tercer elemento tiene algo más que esta cifra; si lo añadimos, salen casi 185 pies, con lo que el error es mínimo.

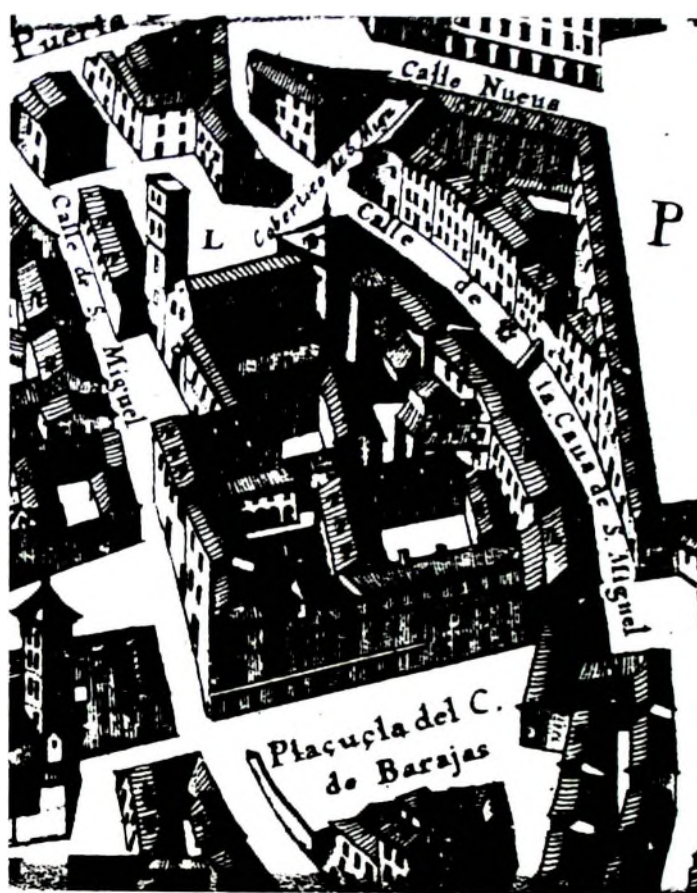
¿A qué nos referimos? Cuando en 1749 se alude al erial y al almacén, se dice que «cae» a la «callejuela del Conde de Barajas»; vemos, efectivamente, en la tan traída «Planimetría» un cortísimo callejón inmediato, que puede tener más recorrido que el indicado, pero que se pierde en las propiedades de los condes. Si consultamos a Texeira, y a pesar de la perspectiva que distorsiona totalmente las dimensiones y configuración de la manzana, advertimos una calleja con salida a la Cava, que describe unos vericuetos difíciles de precisar por lo mismo, y que indudablemente es una de las «callejuelas» –la otra, la ronda interior– solicitadas en 1608: lo que de ésta no se comió la iglesia, quedó integrado en la vasta propiedad de don Diego Zapata.

Recordemos que esta reducida vía estaba a mano derecha «como se entra en la dicha iglesia»: no es difícil precisar su final en tiempos, pues en Texeira se aprecia como un pequeño patio entre San Miguel y el complejo de edificaciones de los condes. Ello nos hace vislumbrar algo: que la primitiva fábrica invadiría parte del extensísimo nº 7, luego casas principales de los Zapata. Posiblemente, éstos obtuvieron, dada la orientación del primer templo, algo de terreno ocupado por el presbiterio, a cambio de los solares cedidos para la ampliación más allá de la cerca. Lo inusual de tal ampliación se reflejó en circunstancia también inusual: no lo hemos comprobado sino par-

⁴ V. n. 53.

cialmente, pero probablemente fué éste el único templo parroquial madrileño cuyo suelo en parte estuvo sujeto a censo, y bien alto, pues montaba 68.000 reales. También percibía renta: ¿de quién, nos preguntamos?²⁷

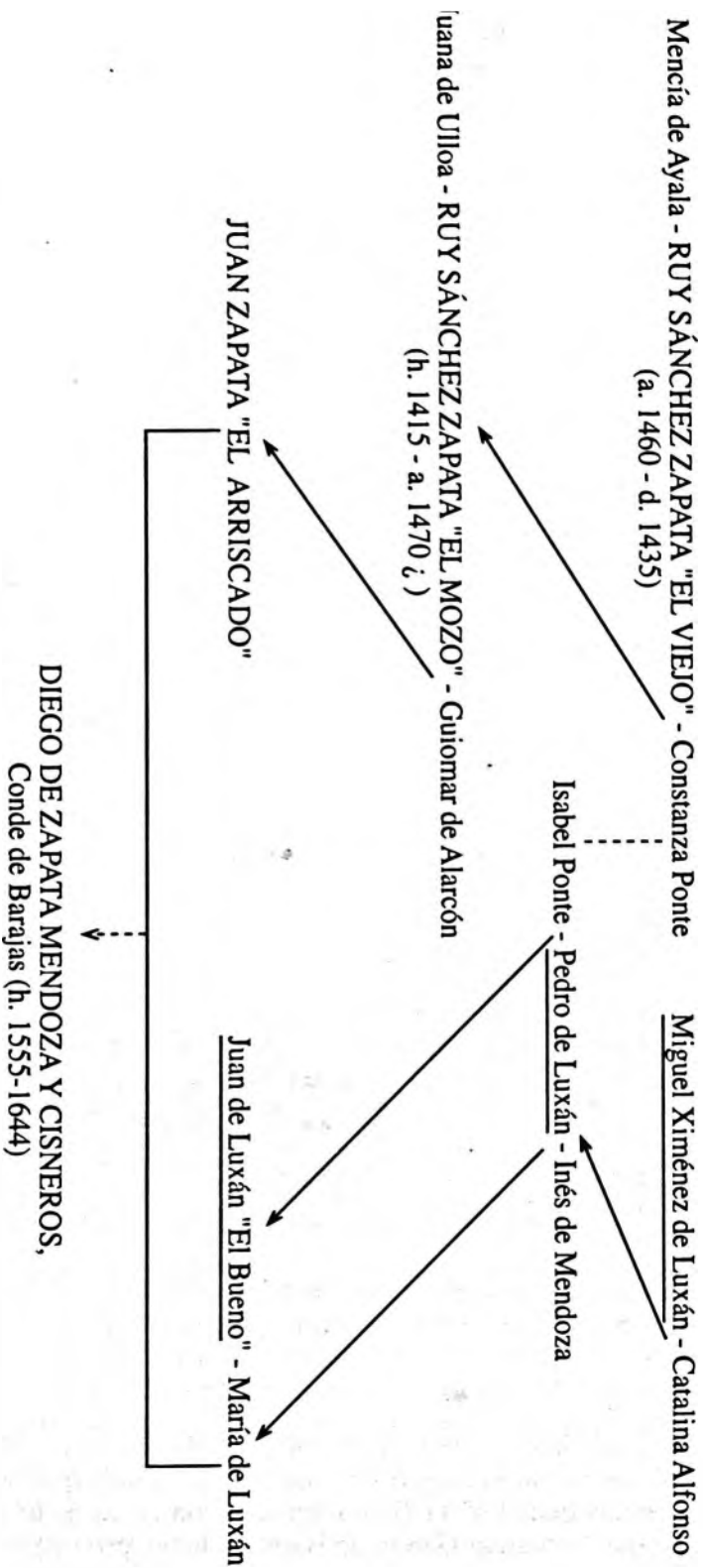
En resumen, hemos querido trazar la trayectoria de un noble linaje matritense y su vinculación a un céntrico templo de la villa medieval. Lo que comenzó con la propiedad de unas casas y la fundación de una capilla, concluyó con la consolidación de extenso patrimonio, y el patronazgo semifeudal sobre una parroquia. De todo ello, hoy solamente nos queda su recuerdo en la toponimia callejera.



La iglesia de San Miguel (L), y su entorno, según el plano de Texeira. Al sur, las vastas propiedades de los condes de Barajas, con sus casas principales dando a la plazuela de este nombre.

²⁷ Aprovechamos para sugerir que probablemente el diseño de la «Planimetría» en esta lámina esté errado; nos referimos al trazado del trozo superior de muralla que se representa en la manzana 169. También señalaremos que el nº 11 figura gravado con carga de 68.000 reales, lo que no concuerda con el dato de que Sebastián García de Barba lo había privilegiado –liberado de carga– por esta cantidad.

ZAPATAS Y LUXANES EN MADRID



Mayúsculas : Mayoralzgos de los Zapata, patronos de la capilla.
Subrayado : Mayoralzgos de los Luxanes.
----- : Hermanas.
===== : Enlace matrimonial.
-----> : Hijo.
-----> : Descendiente por vía paterna directa.